CORAZÓN DE GUERRERO

—El Camino de los Miedos—



Gonzalo Cajaraville

CAPÍTULO IV

— La lealtad —

15

En el sur de Tibur, los pobladores se establecían en pequeñas aldeas diseminadas por toda la extensión del territorio. Estos asentamientos tendían a agruparse por oficios, tales como los pescadores, situados en las cercanías del Lago de los Dioses, o los criadores de caballos, sobre la periferia del castillo.

Eros había vivido casi toda su vida en la aldea de los criadores de caballos pero, probablemente, transcurrían sus últimas horas en ese lugar, ya que un nuevo estilo de vida esperaría por él de unirse a la guardia real.

Se encontraba erguido frente a un espejo de metal rustico. El pulido no era demasiado bueno y distorsionaba su figura pero, de todos modos, era un privilegio tener ese tipo de artefacto en la casa de un plebeyo. El reflejo arrojaba la imagen de un verdadero hombre. Eros había dejado de ser un joven vulgar con sueños de grandeza y ahora lucía el uniforme de la guardia real con elegancia, su porte era el de un auténtico caballero.

Contempló su imagen por un momento más y luego se dirigió hacía el establo, ya que debía comenzar con los preparativos del animal. El tiempo apremiaba y el inicio de la ceremonia era inminente.

Una vez junto a Agatha, dedicó unos minutos a peinar las crines con una trenza dragonera, un estilo típico utilizado en los desfiles de la realeza. Luego, con la almohaza, le cepilló el lomo con sosiego. Mientras deslizaba la rasqueta por el pelo, Agatha meneaba la cabeza y emitía suaves relinches, parecía que lo disfrutaba realmente. La yegua le dio pequeños golpes con el hocico en el torso, mientras hacía un gesto muy peculiar, levantando el labio superior y moviendo las orejas hacia atrás. Eros interpretaba esa expresión como una sonrisa, él aseguraba que su yegua hacía eso cuando estaba feliz.

Decoró la parte inferior de sus patas con cintas de color cobrizo, escondiendo una notoria cicatriz, una marca imborrable producto del accidente que la había marginado de la caballería real. Una fuerte embestida había dejado a la yegua fuera de la batalla y, tras una larga recuperación, finalmente había sido destinada a los campos de entrenamiento. Aquella huella era un rasgo muy característico de Agatha y además difícil de disimular, así que prefirió ocultarla para evitar todo margen de sospecha durante el intercambio.

Tendió una manta bordada con insignias de la guardia real sobre el lomo, y le calzó una de sus monturas preferidas, elaborada con cuero negro y bordes cocidos con hilos de color plata. Por último, le cubrió la cara parcialmente con unas orejeras que se extendían hacia el hocico. La indumentaria era excesiva para el gusto de Eros, pero consideró que sería de ayuda para proceder con el plan que llevaría a cabo junto a la princesa.

Sin más preámbulo, con la intensión de superar la tercera prueba, se dirigió al lugar pactado. Enfundó su espada y montó a Agatha, e, inevitablemente, un súbito escalofrío recorrió su cuerpo, una oleada de nervios que lo obligó a respirar profundamente y soltar el aire despacio para intentar calmarse. Pensó en su futuro, se imaginó como un caballero real y sintió orgullo, aún restaban escasas horas para conseguirlo pero ya lo palpitaba en su interior. Sabía que estaba dejando atrás un camino de esfuerzo y sacrificio para acceder a una mejor posición, que le daría protagonismo y reconocimiento. Su vida ya no sería igual, indefectiblemente, su destino dejaría de ser el de un simple plebeyo.

Enfiló hacia el Lago de los Dioses cabalgando a su yegua. Avanzaron por el camino real, como tantas veces, aunque, tal vez, esa sería la última como un jinete ordinario. Al llegar al camino del lago, pudo observar a lo lejos el resplandor de las antorchas en la oscuridad de aquella noche incipiente. La lumbre provenía de la zona en donde se realizaría la ceremonia.

La ansiedad lo carcomía y la adrenalina le erizó la piel. Tiró de las riendas y con suavidad le pidió a Agatha un esfuerzo más. El animal respondió galopando sin tregua hasta llegar a metros del recinto ceremonial.

La entrada era extraordinaria. A ambas orillas del camino, se destacaban un par de esculturas talladas sobre troncos, representando dos cabezas de dragones. Sus bocas, orientadas hacia arriba, contenían enormes antorchas encendidas que se asomaban desde la garganta, simulando una llamarada de fuego. Pero, mientras la figura ubicada sobre la izquierda, estaba teñida de rojo, la otra, mantenía el color original de la madera. Pero ambas habían sido afectadas por el desgaste y el hollín de la llama las había oscurecido con el tiempo.. Las estatuas parecían las efigies de las fuerzas naturales: el bien y el mal, opuestos y enfrentados en un delicado equilibrio.

Eros se adentró en el sendero con Agatha. El calor de las antorchas era sofocante, y por un momento se sintió ingresando al mismo infierno. Avanzaron por el camino algunos metros y rápidamente se encontraron con una pequeña colina que irrumpía en el horizonte, impidiendo vislumbrar más allá de sus propios límites. Ascendieron por la pendiente hasta el punto más alto, en donde el paisaje quedó más despejado, y lo que vio lo dejó impresionado. Más de una docena de carpas estaban montadas, una tras otra, en forma de herradura y, en el extremo abierto, se extendía un camino en dirección al lago en donde, al aparecer, se realizarían los sacrificios. Había numerosas fogatas que iluminaban el lugar, un círculo de fuego ardiendo sobre la tierra se alzaba en el centro.

Descendieron por la colina lentamente y, al aproximarse, Eros pudo apreciar más lo que sucedía allí abajo. La mayoría de los aspirantes ya se encontraban presentes, aguardando por el momento crucial acompañados por familiares y personas allegadas. También pudo vislumbrar a varios integrantes de la guardia real y la nobleza, entre ellos Einar, el consejero del rey, y Klaus, quienes estaban dialogando en uno de los puestos, lo que resultaba una escena recurrente. El clima entre la audiencia era distendido, aunque faltaba poco para el inicio de la ceremonia.

Eros se mostraba distante, sentía preocupación y no podía quitar de su mente el intercambio de caballos. Sabía que era la única manera de salvarle la vida a Agatha, pero también era consciente del riesgo al que se exponía. Durante esos momentos previos, consumió el tiempo tratando de identificar a la princesa entre las personas, necesitaba su presencia para serenarse. Sin embargo, no logró encontrarla.

Los minutos trascurrieron y quedó todo dispuesto para el comienzo. Los futuros guerreros se formaron en línea frente a un altar rodeado de antorchas, montados sobre sus caballos. Sobre la tarima, varios hombres practicaban una danza típica, recreando personajes mitológicos, tales como los sirvientes y guardianes de los dioses. Lucían disfraces coloridos y máscaras muy peculiares elaboradas con cráneos de caballos, conservados de otros rituales similares.

Una terna de ancianos sabios se encargaba de la coordinación del ritual. Vestían túnicas blancas, largas hasta los tobillos, y recitaban oraciones invocando la atención de los dioses en una lengua primitiva. De fondo, retumbaba el sonido monótono y penetrante de los tambores ceremoniales. El perímetro de la zona del acto principal estaba delimitado por un círculo de fuego de varios centímetros de altura. Detrás de esa muralla de llamas se amontonaban el resto de los presentes aclamando por los futuros guerreros. El clima era ardiente, la expectativa, enorme.

Uno de los ancianos lanzó un grito agudo y salvaje, como el de un ave de montaña y, junto al sonido, se ahogó el último tronar de los tambores. El silencio fue total, rotundo y estremecedor. Los siguientes segundos se mantuvieron de esa manera, la muchedumbre inmóvil, y la escena suspendida en el tiempo.

Finalmente, se quebró la quietud cuando el ruido de las botas de un militar hundiéndose en la tierra irrumpió en el ambiente. Klaus caminó hasta ubicarse entre los futuros guerreros y el altary, tras observar a la formación, les dedicó algunas palabras.

–Servidores de la guardia real, hoy es el primer día de una nueva etapa de sus vidas. Deberán cumplir con una gran responsabilidad, ya que depositaremos en ustedes la defensa de nuestro reino. Ser guerrero de la guardia real es un honor que pertenece a unos pocos, y ustedes tendrán ese privilegio. Ya nos demostraron su destreza y valentía –al decir esto último, hizo una mueca irónica con los labios y miró a los compañeros de Eros, quienes se removieron en el lugar, incómodos, captando la indirecta–. Ahora deberán enseñarnos su lealtad –prosiguió–. El sacrificio que llevarán a cabo esta noche probará que tienen la fortaleza para ser leales a nuestro reino bajo cualquier circunstancia, y por ello serán bendecidos con la protección de los dioses. El corazón de un guerrero debe ser fuerte como el hierro y hoy tienen que demostrarlo –concluyó con gran entusiasmo, sus palabras una inspiración para los jóvenes. Antes de retirarse, añadió–. Superen esta prueba, es mi primer orden al frente de este nuevo cuerpo de guerreros. ¡El sacrificio es lealtad! ¡Bienvenidos a la guardia real!

Al terminar su discurso, se hizo a un lado, dando paso a uno de los ancianos, quien invitó al primer aspirante a subir al altar. El joven avanzó con su caballo y juntos ascendieron a través una rampa de hierro, donde el paso se hacía estrecho dada la cantidad de ofrendas que se amontonaban a los costados ya que, por costumbre, los cuidadanos solían aprovechar estas celebraciones para demostrar su devoción a los dioses. Una vez arriba, el sabio decano se acercó y le realizó un corte en la palma de la mano dejando caer un chorro de sangre sobre una cubeta de cerámica. Elevó en alto el recipiente y recitó algunas palabras en la misma lengua primitiva. Tras esto, le colocaron una capa roja y blanca, atuendo exclusivo de los caballeros reales, y le ofrecieron de beber un extraño brebaje llamado Corazón de Guerrero. Finalmente, le indicaron que descendiera por el otro extremo y procediera con el siguiente paso del rito. El joven acató y se dirigió hacia la senda que conducía al Lago de los Dioses, la cual había sido bautizada como el Camino del Guerrero.

El ritual continuaría con el sacrificio del animal, pero antes, el aspirante debería transitar el pasaje que lo llevaría hacia el lago, atravesando más de quinientos metros rodeados de abundante vegetación. La espesura lo aislaría del ruido y de la gente, generando un ambiente íntimo y personal durante el trayecto. Según la tradición, la experiencia induciría al hombre a la introspección necesaria para completar la transformación, fortificando su corazón. Al final del recorrido, lo esperarían otros colaboradores para asistirlo en el sacrificio. Por último, el guerrero debería retornar al altar ceremonial con sus manos teñidas de sangre como muestra de su lealtad, concluyendo de esta forma el rito y dando inicio a su consagración como miembro de la guardia real.

Mientras otros aspirantes cruzaban el altar, Eros aguardaba inquieto por su turno. No había podido encontrarse con la princesa durante el acto inicial, pero, de todos modos, era optimista en que apareciera de un momento a otro. O al menos eso esperaba. Pensaba que, durante el curso del Camino del Guerrero, tendría la oportunidad ideal para ejecutar el plan pactado con Elena. Allí nadie podría observarlos y sería más sencillo el intercambio. Corrían los minutos, y continuaba buscando en el gentío algún indicio de la princesa, pero no había ningún vestigio de la presencia de su amiga.

El primer guerrero retornó de la prueba y, ascendiendo al altar, elevó sus manos ensangrentadas, orgulloso de haber cumplido con su objetivo. Klaus se acercó a él y le pidió su espada. El joven le entregó el arma, aún teñida de sangre, y el militar la desechó, arrojándola sobre un recipiente de hierro que ardía con grandes llamas carmesí. Luego le obsequió una nueva espada con el símbolo del Reinado del Sur grabado sobre el metal. El arma estaba elaborada con una aleación de mejor calidad que la que usaban los aprendices y, lo más importante, era similar a las utilizadas en las batallas reales, todo un honor para un caballero. Por último, le entregó una medalla, la misma condecoración que Sigurd les había exhibido en una de las últimas reuniones. De esta manera, el joven fue el primero del grupo en convertirse en guerrero real.

Eros sintió admiración y respeto por su compañero, pero su entusiasmo se veía empañado por la incertidumbre que le provocaba la ausencia de Elena.

Cuando llegó su turno, no tuvo más alternativa que avanzar hacia el altar y entregarse a la incertidumbre. Tenía el corazón acelerado, sentía que se le escapaba de la armadura en cada latido. El anciano se acercó a él y procedió con el protocolo ceremonial. Mientras le indicaba que bebiera de un pocillo que contenía el mismo brebaje que le habían ofrecido a los otros jóvenes, le dijo una frase peculiar: «Bebe el Corazón de Guerrero, para liberar la mente y fortificar el corazón».

Eros no podía disimular su nerviosismo y el anciano, habiéndolo percibido, dejó de recitar sus oraciones e intentó calmarlo con algunos consejos.

–Tranquilo muchacho –le dijo con simpatía, interpretando erróneamente el motivo de la inquietud del muchacho–. Debes hacer un corte limpio –le indicó, acercando el filo de un cuchillo sobre la posición de la yugular de Agatha–, será rápido y no sufrirá, trata de no pensar demasiado. Tu porvenir está en juego y de todos modos este es un ejemplar viejo, ya vivió sus mejores años con dignidad.

–Lo tendré en cuenta, gracias por el consejo –respondió Eros, preocupado.

–Estas muy nervioso, te tienes que relajar. Te ayudaré un poco. Si hacemos un corte aquí –le dijo en voz más baja y con tono cómplice, colocando el filo sobre otra parte del cuello de la yegua– se desangrará de a poco. Para cuando llegues al lago ya estará moribunda y te será mucho más sencillo –concluyó, e intentó apoyar la punta del puñal en el cuero del animal.

Eros reaccionó de inmediato, y tomó el antebrazo del anciano con fuerzas. El hombre retiró el arma, y se mostró sorprendido.

–¡Qué haces, novato! –Exclamó el anciano, indignado ante la falta de respeto del joven–. Con ese carácter no creo que dures mucho en la guardia real –dijo, enfadado, luego se abrió paso, y, con desprecio, le indicó que continuara su curso.

Eros enfiló hacia el Camino del Guerrero, con la vista al frente y sin hacer comentarios.

16

*Algunas horas atrás…*

Elena caminaba por una de las calles internas del castillo. Lucía su tabardo oscuro, el cual solía utilizar cada vez que se encontraba con Eros, y cubría su cabello con un pañuelo tejido por ella misma, el cual era rústico y sencillo como el de cualquier campesina y no encajaba con el estilo sofisticado de una princesa. Sin embargo, aquel atuendo era discreto e ideal para pasar inadvertida.

Se dirigía a paso acelerado rumbo al establo real, algo nerviosa. Debía sortear varios obstáculos para poder proseguir con el plan que había urdido con Eros, pero nada la detendría, le había dado su palabra a su amigo de que lo ayudaría a salvar a Agatha.

Arribó a la puerta del establo, en donde se encontraba apostado el guardia de la caballería, custodiando la entrada. A ver a la princesa acercándose, el soldado enderezó su postura e hizo una reverencia. Decidida, Elena tomó la palabra, utilizando todo el poder de persuasión que tenía para poder llevar a cabo el primer paso del plan.

–Buenas noches, caballero, necesitó pedirle un favor –anunció la princesa. Complacida, notó cómo el guardia se mostraba predispuesto.

–Por supuesto, para lo que necesite estoy a su servicio, Su Alteza –respondió, inmediatamente.

–Tengo entendido que pronto se llevará a cabo el sacrificio de algunos caballos enfermos, ¿qué puede decirme al respecto?

–Claro que sí, princesa. Esta semana se sacrificarán algunos caballos –le informó–. Tal como usted sabe, sólo lo hacemos cuando no hay otra alternativa y estos animales ya están sentenciados por el destino –respondió atajándose. Se notaba que el guardia se sentía algo intimidado por la conversación con la hija del rey.

–No quiero incomodarlo, sé que lo hacen sólo en última instancia –asintió para reconfortar al soldado, aunque sabía que no era tan cierto ya que muchas veces los caballos eran sacrificados por ser viejos y representar un gasto inútil. El guardia hizo un gesto de aprobación, y se relajó un poco.

–De todos modos, quería saber el estado de un caballo en particular, un corcel blanco que está moribundo, no recuerdo bien su nombre.

–Tal vez se refiera a Flecha Blanca, Su Alteza. Es uno de los últimos corceles blancos del reino… –comenzó a explicar, pero fue interrumpido por la princesa.

–¡Sí, ese mismo! No sé cómo olvidé su nombre –respondió con cariño fingido en la voz. No tenía la menor idea de cómo se llamaba, pero intentaba mostrar un vínculo con el animal.

–Lamento decirle que está muy enfermo, contrajo el mal del dragón –anunció, afligido.

Sabía que le estaba dando una mala noticia. El mal del dragón era un extraño fenómeno que se presentaba en los caballos veteranos en la que la piel se les volvía escamosa y rígida como la de un dragón. Antes de que la enfermedad avanzara, sin excepción, el animal debía ser sacrificado para evitarle un mayor sufrimiento. Según los ancianos sabios, esa enfermedad formaba parte de la misma maldición que surgió con el hechizo del día del juicio y resultaba un mal augurio permitir que un caballo muriera en esas circunstancias, por lo que el sacrificio siempre resultaba una mejor opción.

–Entiendo, no se preocupe, estoy al tanto de su estado –dijo e hizo una pausa dramática antes de continuar–. Flecha Blanca es un animal muy especial para mí.

–Disculpe mi intromisión, pero no sabía que tenían esa afinidad. Fue un caballo de guerra y lleva un tiempo prolongado abandonado aquí.

–Ya lo sé, pero tengo muchos recuerdos de mi niñez con él. Mi tío Niels me permitía jugar con el potrillo cuando era apenas una niña, fue una época hermosa. Me gustaría compartir sus últimos momentos –su voz teñida con melancolía. El guardia se sintió conmovido.

La historia estaba cargada de sentimiento pero, en realidad, la princesa no sabía si durante su niñez había tenido contacto con ese corcel en particular o no, aunque sí con otros tantos. Una frase emotiva, en voz de una dulce dama como Elena, resultaba más convincente que una orden, incluso, del rey Gregor. No era el comportamiento habitual de la princesa pero, en ese caso, se permitió una mentira piadosa al tratarse de una causa noble.

–Lamento mucho que tenga que pasar por esto, pero no sé qué puedo hacer por usted. El cuadro es irreversible –respondió, completamente engañado por la actuación de la princesa.

–En realidad sí puede. Podría permitir que me lleve el caballo, yo misma me encargaré de su sacrificio –anunció, sorprendiendo al guardia.

–¡Usted misma! ¿Por qué haría una cosa así una princesa? Puede ingresar y despedirse de Flecha Blanca si así lo desea pero, con todo respeto, no creo conveniente que una dama de su alcurnia se encargue de algo como eso, Su Alteza –justificó, pero fue nuevamente interrumpido por Elena.

–¿Insinúa que no tengo el coraje para hacerlo? –preguntó con severidad.

–No quise decir eso, pero hay un protocolo que cumplir.

–Es un caso especial, necesito que me ayude. Me llevaré el caballo y le prometo que yo me encargaré de su sacrificio. Usted puede anunciar que falleció por causa natural esta misma noche.

–Me pone en un apuro, princesa –dijo y se mantuvo pensativo un instante pero, inmediatamente, se sintió avasallado por el pedido de Elena, por lo que finalmente cedió–. Está bien, pero le ruego que se haga cargo de esto, será mi responsabilidad si lo descubren.

–¡Gracias! No me olvidaré de lo que hizo por mí –contestó ella, e ingresó al establo.

Rápidamente, identificó al corcel blanco entre el resto del ganado, era único en su especie. Se acercó al animal y lo notó lo desmejorado que estaba. Frotó su mano por el lomo y sintió la aspereza de su piel, síntoma acorde al mal del dragón, tal como le había anunciado el guardia. Tomó las riendas del animal pero, antes de partir, le susurró algunas palabras.

–Lamento que tengas que pasar por esto, el destino lo decidió así y, de una manera u otra, tu sacrificio sería inevitable. Te prometo que no sufrirás, será todo muy rápido –aseveró, mientras le acariciaba el hocico–. Tu alma viajará al Umbral de los Dioses, junto a los grandes guerreros y sus caballos caídos en las batallas. El ritual te concederá una muerte mucho más honorable de la que hubieras tenido en unos días. Tu dolor cesará y le darás la posibilidad de continuar con vida a una yegua sana. Que los dioses acompañen tu destino –concluyó, con los ojos llorosos. La culpa la hacía sentir incómoda, aunque comprendía que el fin lo justificaba.

Cruzó la puerta del establo caminando, mientras sostenía las riendas del caballo. Le hizo un gesto de gratitud al guardia y enfiló nuevamente hacía la calle. Luego montó al animal y lo hizo avanzar a paso lento, para no exigirlo.

Al cabo de unos minutos, se encontraba cabalgando por el camino real, rumbo a la ceremonia de los futuros guerreros. Tras internarse en la ruta, se desvió por un camino alternativo, el mismo que solía tomar para llegar a aquellos encuentros secretos con Eros. El atajo conducía directo al camino del lago y era mucho más discreto, aunque también peligroso. El sendero atravesaba la aldea de pescadores, un lugar poco apropiado para ser transitado por una mujer, y menos aún por una princesa. El mayor riesgo consistía en que jamás lo había abordado por la noche, y las circunstancias actuales la colocaban en ese apuro. Además, l. Pero continuar por el camino tradicional implicaba ser advertida por cualquier miembro de la realeza, poniendo en juego el plan del intercambio. Sin pensarlo más, Elena optó por el sendero alternativo.

Al mediar el recorrido surgió un imprevisto. Dos campesinos se aproximaban por el sentido opuesto, ambos cabalgando caballos de tiro. Elena se había ocupado en lucir un estilo sencillo para pasar inadvertida, pero el caballo que cabalgaba no era para nada ordinario. Los corceles blancos eran poco frecuentes en el reino y, más allá de su estado de salud deficiente, el animal tenía un porte destacable. Los aldeanos no tardaron en prestarle atención.

Cuando estaban a punto de cruzarse, la princesa agachó la cabeza para no ser advertida, pero aun así pudo notar cómo los hombres la miraban de arriba a abajo. Luego, oyó las voces de los campesinos susurrando a sus espaldas y el sonido del trote de los caballos alterando su ritmo. Intuyó que algo malo sucedería, volteó su cabeza hacía atrás y advirtió que habían girado para ir tras ella. Un súbito escalofrío recorrió su cuerpo y se sintió realmente en peligro. Aceleró un poco la marcha de Flecha Blanca pero, al mismo tiempo, los otros dos caballos también incrementaron su paso. Los hombres alcanzaron su posición rápidamente y se ubicaron uno de cada lado.

–¡Que belleza! –lanzó uno de los campesinos, y la princesa lo miró de reojo, sin emitir palabras.

–No se incomode, lo digo por el animal. ¡Hermoso espécimen! ¿Acaso es un caballo real? –indagó, generando mayor tensión en Elena, quien permaneció en silencio, pero no pudo evitar mirarlo con furia. El campesino se mantuvo dubitativo un segundo y luego, dándose cuenta, reaccionó sorprendido– ¿Usted es la princesa? –indagó, mientras observaba al otro hombre con gran expectativa.

–¡Si mi padre estuviera aquí les cortaría el cuello! –exclamó con bronca.

Los hombres se miraron y estallaron en carcajadas. El mismo que había abierto el diálogo reaccionó más incisivo, el otro continúo tan sólo expectante.

–Lamento que el rey no se encuentre presente. Toda mi vida soñé con pertenecer a la nobleza. Tal vez, si tuviéramos algo juntos… podría ser tu príncipe –sugirió en un tono repugnante–. Por entrar en tu cama, resignaría a todas mis amantes –insistió, con una sonrisa burlona.

–Para dejarte entrar en mi cama, tendría que resignar al buen gusto primero –retrucó, y concluyó con un corte de manga.

Tiró de las riendas con fuerzas, y Flecha Blanca se disparó hacía delante. Los aldeanos hicieron lo propio y aceleraron su marcha tras la princesa. El corcel, a pesar de su enfermedad, seguía siendo más veloz y pudo distanciarse varios metros de los otros dos caballos, pero su resistencia no duraría mucho tiempo.

Los minutos siguientes fueron los más tensos de la vida de la joven. La persecución se mantuvo por un largo trayecto. El corcel blanco sostenía el galope rápido, pero los otros caballos no se quedaban muy atrás, apenas cien metros separaban a la princesa de sus perseguidores.

De pronto, sucedió lo que era predecible, las energías de Flecha Blanca comenzaron a disminuir. El animal se mostraba agitado, y su ritmo comenzaba a flaquear. No quedaban muchas opciones, por lo que Elena tomó una decisión arriesgada. En una curva del camino, obligó al caballo a desviarse por entremedio de la maleza y se zambulló entre los altos pastizales mientras el corcel continuaba solo con su marcha.

Rodó por la tierra con violencia, recibiendo varios cortes y machucones. Sin pensar en las heridas, corrió por la vegetación y se ocultó entre medio de unos arbustos de follaje abundante. Por su parte, Flecha Blanca avanzó galopando en dirección recta y los hombres tomaron la curva, siguiendo por el camino. Sabían que tenían a su favor el hecho de que conocían perfectamente el terreno, por lo que intentaron abordar a la princesa por el otro extremo. Desde su escondite, Elena pudo observar, no sin cierta dificultad, cuando ellos alcanzaron el punto de cruce y esperaban agazapados, mirando cómo el corcel blanco brillaba entre la espesura y se dirigía directo hacía su posición. Finalmente, Flecha Blanca abandonó la vegetación y retornó nuevamente al camino, con las pocas energías que le restaban. Los campesinos se cruzaron en su camino y frenaron su avance.

La princesa vio cómo los hombres miraban en todas direcciones, extrañados, y se sorprendían de ver al corcel sin su jinete. Durante algunos minutos, hicieron una búsqueda superficial por la periferia del camino sin adentrarse demasiado en la vegetación. Resignados, consideraron que el botín ya era suficiente y, renunciando a la idea de hallar a la princesa, se retiraron con el corcel blanco.

Una vez fuera de peligro, Elena se tumbó en el piso, agitada y exhausta por la experiencia. Tras recuperar algo de calma, reflexionó sobre lo sucedido y sintió pena por el caballo. Pensó que no se merecía ese final y que ahora su destino sería realmente incierto. Sin embargo, se lamentó aún más por haber arruinado el plan del intercambio. Ya no podría cumplir con su parte, pero se propuso llegar a tiempo para advertir a Eros sobre el inconveniente.

Se levantó con dificultad, y, aguantando el dolor de las heridas, retomó el camino a pie. Sus ropas estaban rasgadas y sucias pero, al menos, ya no tendría que preocuparse por pasar inadvertida: su aspecto era lo opuesto a una princesa.

17

A trote lento pero firme, Agatha abordó el Camino del Guerrero. Eros rebosaba expectativa por su futuro, aunque traslucía cierta incertidumbre. Esperanzado, aguardaba por la presencia de Elena para efectuar el intercambio de caballos, pero la espera lo mantenía en vilo.

El recorrido apenas había iniciado y el largo trayecto hasta el Lago de los Dioses le propiciaba una ocasión ideal para reflexionar acerca de sus objetivos y la responsabilidad que asumiría. A su vez, le ofrecía una última oportunidad para que apareciera la princesa y encausara su destino definitivamente.

El camino era llano y de fácil acceso, se notaba que había sido acondicionado ese mismo día, aún flotaba en el ambiente el aroma a tierra removida entreverándose con el perfume de la vegetación. A ambas orillas del sendero, se destacaba la presencia de los árboles uña de dragón, una especie autóctona de la región, reconocida por sus hojas rojas y puntiagudas que daban origen a su nombre.

Eros avanzó por la senda durante varios minutos y su mente estaba cada vez más embebida en el mismo pensamiento: llevar a cabo el intercambio. Se lamentaba de que esta instancia trascendental de su vida se viera opacada por lo que le exigían que hiciera, había soñado por años con este momento, y nunca imaginó que se desarrollaría de esta manera.

A mitad del recorrido, frustrado, se resignó a la posibilidad de que Elena no se haría presente y comenzó a pensar formas de hallar una salida distinta. Mientras consideraba alternativas, empezó a sentir un intenso mareo como jamás había experimentado antes. Fue entonces cuando recordó el extraño brebaje que había ingerido en el altar y las palabras del anciano, carentes de sentido en ese entonces: «Bebe el Corazón de Guerrero para liberar la mente y fortificar el corazón».

El malestar le provocó inestabilidad, por lo que detuvo la marcha de la yegua y prefirió permanecer de pie. Dio algunos pasos y se quedó inmóvil, agobiado por la incómoda sensación. Posó la vista perdida al frente, observando el sendero hasta esfumarse en el horizonte, en donde las copas de los árboles parecían unirse.

Inmerso en ese trance inesperado, la situación se complicó aún más cuando el terreno comenzó a temblar. El suelo se agrietó por delante y la vibración hizo brincar las piedras sueltas en la tierra. Eros no supo qué hacer, tan sólo atinó a observar a Agatha, que se alimentaba de la hierba a un costado del camino sin darse por aludida de lo que estaba sucediendo.

Giró la vista nuevamente, y se sorprendió al ver cómo dos cúpulas de piedra, perfectamente pulidas, quebraban el terreno y se proyectaban verticalmente. El estruendo fue abrumador y el suelo comenzó a moverse con mayor intensidad. Al cabo de algunos segundos, los domos emergentes se convirtieron en torres colosales que se pararon imponentes frente a él. El extraordinario suceso culminó cuando surgió de la tierra la estructura completa. Las torres encerraban una escalinata que conducía a un portal formidable, compuesto por columnas de plata y oro, tan relucientes como el mismo sol, pero poco se podía apreciar más allá de aquel portal, dado que flotaba en su interior una bruma blanca y espesa. Sin dudas, aquello representaba el Umbral de los Dioses, tal como Eros lo hubiera imaginado, parecía una réplica exacta extraída de su mente. La escena era fantástica y el joven se preguntó si estaría perdiendo la cordura.

Eros se mantuvo sin reacción, tan sólo expectante, hasta que advirtió la presencia de una silueta descender por las escalinatas. Se trataba de su padre, quien lucía rejuvenecido y con la misma impronta de sus años de auge, cuando recién se había asentado en el territorio de Tibur. Se acercó a la posición de Eros y se dirigió a él.

–¡Hola hijo! Esta es la despedida que no pudimos tener –anunció, y Eros trató de responder, pero sólo podía balbucear.

–La muerte me llevó cuando aún eras muy joven, pero ahora veo un hombre frente a mí –afirmó, y posó su mano sobre el hombro de Eros.

–¿Qué es esto? ¿Es real? –logró preguntar al fin, sin entender nada.

–Será real si tú puedes creerlo –dijo, e hizo una pausa. Clavó su mirada en los ojos de su hijo y se quedó unos segundos en silencio, mientras su rostro emanaba paz. Luego continuó–. Me gustaría estar a tu lado, acompañándote en este momento especial. Ambos sabemos que eso no podrá suceder pero, al menos, quiero que sepas que estaré apoyándote, más allá del camino que tomes. Debes escuchar a tu corazón, no te dejes llevar por la razón de cualquier otro hombre. Si haces lo que realmente sientes, seguro tomarás las decisiones correctas –concluyó, sus palabras transmitían tranquilidad.

–Estoy a punto de convertirme en guerrero de la guardia real pero, al mismo tiempo, debó decidir entre la vida de Agatha o cumplir mi sueño, ¿qué debo hacer? –preguntó, aún sorprendido por su presencia.

–Yo no puedo darte esa respuesta, deberás encontrarla tú mismo. Lo único que puedo decirte es que busques en tu interior, tal como siempre haces y por eso siempre estaré orgulloso de ti. Lamento no habértelo dicho en vida –dijo, emocionado. Luego apartó la mirada y se alejó unos pasos.

–¡Espera, no te vayas!

–Ya no pertenezco aquí, sólo necesitaba decirte estas palabras. Vive tu vida con gracia, algún día nos encontraremos en el Umbral de los Dioses –concluyó y, dando media vuelta, enfiló hacia las escaleras y comenzó a ascender con serenidad. Eros quiso perseguirlo para evitar que se alejara, pero el cuerpo de su padre comenzó a irradiar una fuerte luz que lo hizo retroceder. A los pocos segundos, su padre junto a la estructura majestuosa que había emergido de la tierra, empezaron a desvanecerse. De un momento a otro, todo había desaparecido, permaneciendo lo sucedido sólo en la mente de Eros.

El joven quedó estremecido. Sabía que la presencia de su padre era producto de su imaginación, estimulada por el brebaje que le habían suministrado los ancianos sabios. Más allá de eso, consideró también que se trataba de un mensaje, que había algo más detrás de esa extraña aparición. No podía ser una simple alucinación o, al menos, quería creer que aquello se trataba de una revelación para clarificar su destino.

Sintió paz en las palabras de su padre, quien había transmitido apoyo incondicional, valorando la importancia de encontrar respuestas en su interior. Pero ahora tenía que tomar una difícil decisión. Sabía que las chances de que la princesa lo ayudara eran remotas y que iba a tener que seguir adelante por su cuenta. Por lo que, considerando el consejo de su padre, se dispuso a avanzar y dejarse llevar por lo que dictara su corazón.

Montó a Agatha y continuó el camino rumbo al Lago de los Dioses. Durante el recorrido, aún perduraba el efecto alucinógeno del brebaje y, si bien no volvió a tener visiones, sentía una profunda conexión con la naturaleza que lo rodeaba. Una extrema sensibilidad le permitía abrir sus sentidos y percibir la energía de la vegetación. Ese estado de éxtasis lo alejaba, por el momento, de sus preocupaciones.

Al aproximarse al final del Camino del Guerrero, pudo observar un arco formado por las mismas ramas de los árboles demarcando la salida del sendero y el acceso a la ribera del Lago de los Dioses. Desde lejos se podía apreciar mucha actividad y, mientras tanto, Eros continuó su marcha hasta abandonar el camino definitivamente.

Frente a la orilla, pudo tener un mejor panorama de lo que estaba pasando. Era una noche despejada y cálida, la luna estaba llena y su claridad se reflejaba en el lago. En las aguas calmas resplandecía la luz de numerosas velas encendidas que reposaban sobre pequeñas boyas esparcidas libremente, una vieja costumbre empleada para recordar a las almas caídas en la batalla. Un corral se adentraba en el agua justo en dirección a la posición de Eros, pero otros tantos, similares, se extendían hacia los costados. Sobre la orilla, donde comenzaba cada cerco, aguardaba un integrante de la guardia real para asistir en los sacrificios. Vestían atuendos pensados para intimidar, con capuchas negras que les cubría parcialmente el rostro y, en ese escenario de inmolación, los hacían parecer sirvientes de la misma muerte.

Uno de los hombres advirtió la presencia de Eros. Le hizo señas para que descendiera del caballo y procediera con el ritual. El joven comprendió que, definitivamente, ya no había manera de cumplir con la tercera prueba sin que Agatha se viera afectada. Había llegado la hora de tomar una dura decisión.

Obedeció al colaborador y, al desmontar, tomó las riendas de la yegua y la ubicó a su lado. A paso resignado, se dirigió en dirección al corral, atravesando la playa. Mientras caminaba, aún padecía los efectos del brebaje, lo que provocaba que los pensamientos se le entremezclaran. Recordó las palabras de su padre, diciéndole que escuchara a su corazón. También, pensó en todo el esfuerzo invertido para alcanzar esa oportunidad, sin olvidar las palabras de Klaus, quien les había advertido que el incumplimiento de la prueba sería considerado una insubordinación grave.

Observó a Agatha y volaron a su mente recuerdos de su niñez, imágenes de la potra jugando con él en los establos. Recordó los últimos tiempos, donde ambos habían superado las exigencias de los entrenamientos, donde nada hubiera logrado sin ella ya que juntos eran un equipo.

El trayecto se hacía interminable, y se convertía en un suplicio para Eros. No estaba dispuesto a entregar a Agatha en ese ritual, sin embargo, seguía avanzando con impotencia, sin saber qué hacer. En ese instante de desasosiego, oyó el gemido de un animal a su alrededor. Sorprendido, giró la cabeza en todas direcciones hasta identificar el origen, y pudo divisar a escasos metros cómo se desplomaba un caballo sobre la orilla, en uno de los puestos destinados a los sacrificios. Allí, un aspirante sostenía su espada ensangrentada en la mano, la misma con la que habría desgarrado el cuello del animal. La fatídica e inquietante escena despertó en Eros una oleada de adrenalina que le tensó los músculos. El impacto lo sacudió de tal manera que, de un momento a otro, anuló el efecto residual del brebaje. Tras recuperar la cordura, se estremeció ante la situación en la que estaba inmerso. Detuvo su marcha y permaneció perplejo, vacilante.

El colaborador de la guardia real le hizo señas con ímpetu para que continuara, demostrando impaciencia. Por su parte, Agatha golpeó con el hocico el pecho de Eros y ambos se observaron. El animal se encontraba alterado, y denotaba horror en su mirada. Ya no había más tiempo para especulaciones, tenía que tomar una decisión: sacrificar a Agatha y convertirse en un guardia real, o huir junto a ella hacia un destino incierto.

Por última vez, pensó en el consejo de su padre. Sin pensárselo dos veces, montó a Agatha nuevamente, y dijo convencido «Somos un equipo», para luego tirar de las riendas con firmeza. El animal se inclinó hacía un costado y comenzó a galopar con todas sus energías. Ambos huyeron sin mirar atrás, los gritos exacerbados del colaborador, se desvanecieron a sus espaldas. Ya nada podría evitar que Eros abandonara la tercera prueba.

Agatha avanzó sin tregua por la ribera del Lago de los Dioses. El paisaje era espeluznante: las aguas estaban teñidas de sangre y los restos de los caballos se encontraban esparcidos sobre la tierra o flotando en la orilla. Aquel lugar parecía un campo de batalla.

Eros se sentía aterrado y libre al mismo tiempo. No tenía un rumbo claro pero, al menos, sabía que su única oportunidad estaría en las Tierras Altas del oeste. No podía permanecer más en el sur, ya que sería condenado como un desertor.

Finalmente evitó el sacrificio, aunque a un precio muy alto. No cumplió con la prueba que le exigía la guardia real, pero sí pudo demostrar su lealtad a Agatha, impidiendo su muerte.

18

Después de la ardua caminata que precedió a su huida, Elena arribó al recinto ceremonial. Su imagen era deplorable, jamás había lucido tan demacrada. El tabardo estaba sucio por la tierra y con restos de pastos secos enganchados en la tela. El pañuelo que cubría su cabeza tenía un par de agujeros del tamaño de una nuez. Sus pies descalzos, estaban embarrados y llenos de raspaduras. En esas condiciones le costaba caminar, el cansancio y los golpes hacían de cada paso un suplicio.

A pesar de todo, al menos, había llegado al destino previsto. Preocupada, tan sólo pensaba en dar aviso a su amigo acerca del incidente sufrido mientras rogaba a los dioses que no fuera demasiado.

Una vez en el lugar, se topó con un ambiente enrarecido. Si bien, existía un clima de júbilo por la promoción de los nuevos guerreros, donde nobles y plebeyos compartían risas y tragos por doquier, también se percibía nerviosismo en varias personas. Algunos caballeros reales se mostraban inquietos, iban de una punta a otra con sus caballos, alterados, como si estuvieran alertas.

Cruzó la vista con un campesino, que apenas podía sostenerse de pie a causa de la ebriedad, quien, a pesar de su poco juicio, se vio sorprendido ante el estado de la princesa. El hombre se dirigió a ella, intrigado.

–¡Muchacha! ¿Qué te ocurrió? ¿Acaso te peleaste con un dragón? –Preguntó con dificultad, mientras que de su boca emanaba el mismo olor que un establo sin mantenimiento.

–No se preocupe por mí, mejor preocúpese por usted –respondió, molesta por haber despertado lastima, incluso, en alguien que realmente daba lastima. Pero, al menos, se alegró de no haber sido reconocida como la hija del rey.

–Cómo usted diga, señorita, pero prepárese para una noche larga –lanzó, e hizo una pausa para beber un sorbo más del que seguramente sería el enésimo vaso que sostenía en su mano. Tras un suspiro satisfecho, continuó hablando mientras parte del líquido se le derramaba de la boca, entre palabra y palabra–. Esto es una locura, ¿a quién se le ocurriría hacer una cosa así? –Comentó, apoyando un brazo sobre el tirante de una carpa.

–¿De qué locura está hablando? ¿Qué sucedió? –Preguntó, interesada.

–El desertor, el desertor –repitió, como si fuera su deber saberlo, y emitió algunas carcajadas roncas–, huyó cómo un cobarde. Ya lo van a encontrar y tendrá su merecido –concluyó, con voz pastosa. Luego se le zafó el brazo del tirante y cayó sentado en el piso. Sin intentar volver a incorporarse, balbuceó algunas palabras incoherentes, y se quedó dormido.

Un súbito escalofrío recorrió el cuerpo de la princesa, intuía que algo malo sucedía con Eros. Ansiosa y con los nervios a flor de piel, trató de buscar información de alguien un poco más cuerdo que su último interlocutor. Sin necesidad de rondar demasiado, presenció un diálogo entre Klaus y un subordinado en uno de los puestos. El rostro de ambos militares denotaba preocupación mientras charlaban. Se acercó a ellos con cautela para no ser advertida, pero lo suficiente como para oír la conversación.

–Esto es una ofensa a la guardia real, no podemos quedarnos de brazos cruzados –dijo Klaus, enfurecido. El otro hombre, tan sólo asentía con la cabeza –. Antes de comunicárselo al rey, necesitamos encontrarlo –prosiguió, impaciente. Se mantuvo pensativo un momento para reanudar después con vos más filosa–. ¿Cómo pudo huir cuando estaba a punto de convertirse en guerrero real? Sería espía del norte, estaría borracho, o simplemente es un idiota –enumeró, intentando comprender.

Elena se quedó pasmada. Lo que en principio era un mero presentimiento, ahora se convertía en un hecho prácticamente confirmado. Ella sabía que Eros consideraría la idea de huir en caso de que no pudiera salvar a Agatha. Prefirió no escuchar más, dando por sentado que esa era la razón del desconcierto generalizado. Sintió culpa por no haber podido asistirlo y tristeza al imaginar a su amigo señalado como un desertor.

Tomó distancia para ganar privacidad, e ingresó a una carpa que se encontraba vacía. Se sentó sobre un banco para poder dejar reposar su cuerpo agotado y dolorido, y, tapándose el rostro con las manos, no pudo evitar que las lágrimas lo humedecieran. Angustiada, dejó salir parte de la bronca, pero no tardó en recomponerse. Su espíritu impulsivo no le permitía continuar sentada por más tiempo, necesitaba hacer algo al respecto. Recordó entonces la charla que había tenido con Eros en la biblioteca real, donde él le confesó que partiría hacia el oeste en caso de que tuviera que huir. No sabía si estaría a tiempo de detenerlo, pero consideró que sería mejor intentarlo antes que quedarse a lamentarlo.

Advirtió un palenque con varios caballos amarrados ubicado en un sector bastante alejado del gentío, y pensó que podría tomar uno de ellos sin que nadie lo notara. Con cuidado, se arrimó a los animales y escogió una yegua joven. En cuestión de segundos, se encontraba tirando de las riendas y alejándose del recinto ceremonial.

Abordó el camino del Lago de los Dioses y atravesó el trayecto hasta el final, esta vez, sin contratiempos. Durante el recorrido, identificó la presencia de varios caballeros custodiando la zona, tratando de hallar el rastro del desertor. Elena sabía que estaban buscando en el lugar equivocado, nunca encontrarían a Eros porque nadie pensaría que enfilaría hacía el oeste. Nadie excepto ella.

Finalmente, llegó al Camino de los Miedos y se dirigió rumbo al Bosque Encantado.

La yegua estaba en buen estado, era veloz y obediente. En cuestión de minutos, le permitió arribar a las inmediaciones del bosque. No era la primera vez que la princesa visitaba el lugar, pero nunca había estado tan cerca de ese sitio tenebroso. Aminoró la marcha y, lentamente, recorrió los últimos metros del camino antes de adentrarse en la vegetación. Al llegar a las puertas, le llamó la atención la presencia de un bulto arrumbado a un costado. Desmontó y se aproximó al objeto. Al examinarlo, descubrió que se trataba de prendas de la guardia real, tanto del jinete como del caballo. No quedaban dudas, Eros las había desechado, para emprender su viaje hacia el oeste.

La desazón invadió su pecho. Definitivamente, su amigo se había marchado. Sintió pena por su ausencia, pero aún más por lo que le depararía el destino, ese lugar era una verdadera tumba. Las chances de supervivencia eran remotas y ya no se trataba de una mera prueba de iniciación. Si pretendía llegar a las Tierras Altas, tendría que atravesar el bosque completo.

Volvió al camino y permaneció inmóvil con la mirada hundida en las profundidades del Bosque Encantado. Sentía que aquello era una despedida, suplicó a los dioses por Eros y luego se marchó. Durante el retorno al castillo, se recriminó una y mil veces no haber podido cumplir con su parte del intercambio.